



Defne Suman

## El silencio de Sherezade

Traducción del turco de Rafael Carpintero



Galaxia Gutenberg

DEFNE SUMAN

# El silencio de Sherezade

Traducción de  
Rafael Carpintero

Galaxia Gutenberg



REPUBLIC OF TÜRKİYE  
MINISTRY OF CULTURE  
AND TOURISM



La publicación de este libro ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Turismo de Turquía, a través del programa TEDA.

Título de la edición original: *Emanet Zaman*  
Traducción del turco: Rafael Carpintero Ortega

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2025

© Defne Suman / Kalem Agency, 2024  
© de la traducción: Rafael Carpintero Ortega, 2025  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 10778-2025  
ISBN: 979-13-87605-11-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Nota de la autora

En el alba del siglo xx el Imperio otomano estaba perdiendo poder y territorios. En los últimos setecientos años el sultanato había gobernado zonas desde lo que hoy en día es Grecia hasta Bulgaria, desde el norte de África hasta la India, y el rico y elegante puerto de Esmirna, en la costa occidental de Asia Menor, era reconocido como una de sus ciudades más vibrantes y cosmopolitas. Allí turcos musulmanes y griegos ortodoxos habían vivido y comerciado en armonía durante siglos junto con levantinos europeos, armenios y judíos, y todas las religiones y culturas eran respetadas. Sin embargo, el auge del nacionalismo en el siglo xix y el final de la Primera Guerra Mundial provocarían la disolución del Imperio otomano y Gran Bretaña, Francia, Italia y Grecia se enfrentarían por sus despojos. En el momento en que comienza la novela, Esmirna permanecía bajo la administración turca, pero a medida que los movimientos nacionalistas e independentistas ganaban fuerza, la trama multicultural de la ciudad se iba tensando hasta el punto de rasgarse y desatar la historia más catastrófica.

*A los exiliados de su patria...*

Anochezca  
o haya luz  
sigue blanco  
el jazmín.

Y. SEFERIS, «El jazmín»

Pueden contarse muchas historias sobre la lengua de Viernes, pero la verdadera está enterrada en el interior del propio Viernes, que es mudo.

J. M. COETZEE, *Foe*

I

LAS PUERTAS DEL CIELO

Cuando resurgí de las cenizas de la ciudad perdida  
me llamaron Sherezade.

A pesar de que un siglo ha pasado  
desde mi nacimiento,  
aún no ha llegado a su fin  
mi vida,  
condenada a cien años de silencio.

Aunque mi lengua esté muda  
lo contaré  
todo.

Y que en la torre de esta mansión en ruinas  
me halle la muerte...

## El primer septiembre

Mi nacimiento coincidió con la tarde de un dulce anaranjado en que Avinash Pillai llegó a Esmirna.

Era el año 1905 según el calendario de los francos.<sup>1</sup>

En el mes de septiembre.

Mientras el paquebote *Afrodita* que traía al espía indio se acercaba al puerto yo aún no había nacido, pero empezaba a filtrarse un finísimo rayo de luz por el útero de mi madre, hasta aquel oscuro estanque en el que yo llevaba meses instalada. Ella no está como para levantarse y ponerse a andar. No por mi peso, sino por el chibuquí de opio que sostiene entre el corazón y el anular. Tiene la cabeza vuelta hacia la ventana y contempla el revoloteo de los visillos, ebrios en brazos del viento.

El año anterior –¿o hacía dos años?– había bailado un vals con uno de los ingenieros de Ferrocarriles de Aydın en la fiesta organizada a mediados de verano en el club de Bornova y él la había hecho volar sobre el parquet igual que esos visillos. ¿Cómo se llamaba? Recuerda sus pómulos prominentes de in-

1. Según el original y la tradición turca, mantengo los términos «francos» para la población de origen europeo (especialmente francés), «rumíes» para los de lengua griega y «levantinos» para los de origen italiano o francés, que no eran ni son exactamente europeos, griegos o italianos, sino ciudadanos otomanos o turcos residentes o provenientes de esos países, y distinguirlos así de los auténticos europeos, franceses, griegos o italianos. Algo parecido ocurre con los topónimos, que cambian según la lengua de quien los pronuncie, como Esmirna, Smirni, Smyrna, etc. (N. del T.)

glés, que vivía en una casa al norte de los muelles y que daba los pasos de baile con maestría pero sin alma, aunque es incapaz de acordarse del nombre. ¿Mister...? Mister algo. ¿Qué? Un nombre extraño. Desacostumbrado. Alza la cabeza y da otra calada al chibiquí que la espera entre los dedos. Los círculos morados que rodean sus ojos negros ondean, mister algo se aleja deslizándose por el parquet.

En la cubierta de segunda clase del esbelto *Afrodita*, que espera en mar abierto que haya un hueco en el puerto, Avinash Pillai no tiene la menor noticia de mi madre, ni de mí. Con los ojos cerrados y la nariz vuelta hacia el moteado firmamento, está ocupado en olfatear el aire como un animal salvaje. Con la puesta del sol la tierra ha soltado el aliento que había retenido durante todo el día sustituyendo el olor a carbón y a frío hierro, que el joven indio se había hartado de sentir a lo largo de los días que había durado aquel viaje marítimo, por el agradable aroma de flores y plantas. Rosas, limones, magnolias, jazmines y un poco de ámbar filtrándose por lo más hondo...

La nariz de Avinash, larga, estrecha y delicadísima, que le otorga una nobleza digna de los sultanes otomanos, aprecia el sabor de las fragancias como quien rompe el ayuno con un bocado exquisito y distingue los tonos y las capas de cada uno de los olores. Especialmente los de las rosas. Es capaz de diferenciar las rosas rojas de las blancas incluso con los ojos cerrados. En la costa, en algún lugar de esa ciudad que tiene enfrente y en la que vibran luces rojas y rosadas, vive Yakumi Bey. Al joven no le interesan ni las piedras de la ciudad dorada ni la belleza legendaria de sus mujeres. En lo único que piensa es en ese cuarto sombrío que Yakumi Bey mencionaba en sus cartas... En el taller que tiene en la trastienda de la farmacia, el viejo alquimista extrae aceite de los pétalos de las más raras rosas, que le traen de los cuatro puntos cardinales del imperio.

—¿A qué está esperando el capitán?

—Ese carguero va a salir, así que probablemente va a darle paso.

En la cubierta superior, en la primera clase iluminada por lámparas eléctricas, caballeros de frac y chistera, aspirando los costosos puros que tienen a medias entre los labios, refunfuñan como si no fueran ellos mismos quienes han viajado con tanta paciencia desde Alejandría a Rodas, de allí a Leros, luego a Quíos y, finalmente, a Esmirna.

–No, señor mío, ese barco no va a salir, ¿no ve que le han arriado una barcaza? Es carbón. Todavía tiene que cargar más.

–No digo ese. Digo ese otro barco que está izando balas de tabaco. Lleva veinte minutos ahí.

–Este barco no entra a puerto, señores. En el puerto interior el agua es poco profunda. Los capitanes que no lo saben siempre encallan. No hay más remedio, tendremos que esperar a que lleguen los barqueros.

Los sonidos que llegan del muelle, el silbato del tranvía, el entrechocar de las ruedas de los coches con las aceras y el estrépito de las herraduras de los caballos, les recuerdan a aquellos caballeros placeres que habían olvidado mientras estaban en el mar. Algunos de ellos hasta podrían jurar que oyen risas de mujeres llegándoles desde los clubes del muelle. Los caballeros miran los relojes que se sacan del bolsillo cada minuto mientras en las aguas azul porcelana se deslizan entrecruzándose las lanchas del práctico, veleros tornasolados, barcos de carga y de pasajeros haciendo sonar sus sirenas.

–Amigo mío, es insoportable no poder poner el pie en tierra estando tan cerca. ¿Dónde andarán esos barqueros?

Avinash se dirigió a la cubierta de popa y, en cuanto estuvo seguro de que nadie le observaba, unió las palmas de las manos a la altura del pecho. Como ahora trabajaba en nombre del Imperio británico, era importante ofrecer una imagen completamente europea, cierto, pero, por otra parte, seguía siendo nieto de un santón que esperaba alcanzar la misericordia de Dios en un monasterio levantado en las faldas del Himalaya. Era el momento de darle gracias al Creador, que le había cuidado y protegido a lo largo de días incómodos y noches tormen-

tosas, primero de Colombo a Port Said, luego hasta Alejandría en un sórdido tren y desde allí hasta Esmirna en el *Afrodita*.

Volvió el rostro hacia el sol, que se disolvía en el mar como una bola roja de helado, y cerró los ojos.

—*Om namah Shivaya*. Poderoso Shiva, gracias a ti por haberme protegido de accidentes, peligros, catástrofes y enfermedades y haberme hecho llegar sano y salvo a la orilla de esta hermosa ciudad...

Rezaba desde la niñez. Y no solo al dios Shiva, el preferido de su familia, sino también a Visnú, el protector, y, por supuesto, al creador del universo, Brahman. Creía que los dioses, incluso Shiva el destructor, eran seres amistosos y, aún más, que le amaban. Se presentaba ante ellos tal cual era, sin máscaras ni mentiras; si cometía cualquier ofensa se disculpaba y sentía justo en el centro de su corazón que aquellos entes divinos siempre le perdonaban y le protegían.

—¡Oh, gran Shiva, poder divino que destruye lo existente! Ayúdame en esta nueva etapa de mi vida para que mis asuntos vayan como es debido. Quédate a mi lado para que cumpla con éxito mi misión y concédeme fuerza, sabiduría y discernimiento. Protege a mis padres y a mis hermanos de accidentes, catástrofes, enfermedades y de todo mal. Para que yo acepte con paciencia todo lo que ocurra y que sea para bien.

De repente sopló un fuerte viento en la cubierta. Era un viento que se levantaba antes del crepúsculo, famoso por ser capaz de refrescar al instante hasta los días más calurosos. A veces se lo llevaba todo por delante como un gigante de buen corazón que no fuera consciente de su propia fuerza, volcaba sin querer las barcas de pesca y su soplido se ganaba maldiciones a espuertas. Esa tarde soplaba más allá de lo agradable. Después de acariciar las barandas verdes del barco, con la pintura desconchada aquí y allá, arrancó de la cabeza de Avinash el sombrero hongo y lo arrastró hasta las tumbonas vacías que había al pie de la escala. El joven no reaccionó de inmediato. La educación recibida de su abuelo preveía que, incluso en los

momentos más agitados –especialmente en los momentos más agitados–, había que finalizar las oraciones como era debido. Traía mala suerte correr a los asuntos mundanos sin despedirse de los dioses. Rápidamente se tocó con ambas manos el entrecejo, los labios y, por fin, el pecho.

–Oh, supremo Creador, grande y milagroso. Nos confiamos a ti. *Om namah Shivaya*.

Y entonces corrió hacia la tumbona bajo la cual había ido rodando su sombrero. Se sentía culpable por haber interrumpido la oración a la mitad, y en la parte de los ruegos, además.

El viento, para recordarle que la vida era tan breve y dulce como para no malgastarla con un sentimiento tan grave como la culpabilidad, se llevó volando el sombrero un paso más allá y se introdujo por entre los rizos de su pelo, negro como ala de cuervo. ¡Pero, ay, aquellos rizos eran tan espesos y firmes como los de las muchachas armenias que cantan mientras tienden la ropa! El viento podría volcar barcas, pero no despeinarlo. Silbando, le sopló cuello abajo por dentro de la camisa de seda. La piel de Avinash era de un marrón aterciopelado, como la de los esclavos orientales, pero su atuendo le daba mil vueltas a los de los francos a los que se les volaba el sombrero mientras paseaban por el Cordón. ¡Mírenlo! No es un maharajá porque viaja en segunda clase. Sí, pero sus pies, enfundados en zapatos de punta fina, pisan con más firmeza que los de los caballeros de la cubierta superior. Lleva en la oreja derecha un pendiente con una esmeralda, como los marineros de Levante, y en el bolsillo un pañuelo verde de la misma seda que la corbata.

El viento, zumbándole en los oídos, dio otra vuelta en torno a Avinash y luego se marchó para llevar su aroma especiado al otro lado de la bahía, a la buhardilla de la mansión donde mi madre y yo vivíamos las últimas horas de nuestra unión íntima. Mi madre entreabrió los ojos y observó suspicaz los visillos danzando. ¿Habría alguien por ahí? Pero aquel mundo de vidrio del último piso de la mansión estaba muy lejos del *Afrodita* y esa tarde el joven indio se encontraba fuera de su campo de visión.

Dios nos hace guiños a través de las coincidencias: quien, años más tarde, me contaría la historia de mi nacimiento sería aquel espía indio Avinash Pillai, que llegó a la ciudad la misma noche. Y sería también por una coincidencia que cuando descubriera mi secreto gracias a una vieja fotografía, Avinash se encontraría mirando la ciudad desde la cubierta de un barco, justo como la noche en que nací.

De nuevo un mes de septiembre.

Pero un septiembre muy, pero que muy distinto.

Distinto porque aquella ciudad que mientras yo nacía brillaba como el oro con sus cúpulas, alminares y casitas con tejados de tejas, esa otra noche de diecisiete años más tarde estará vomitando llamas como un monstruo airado. Y el viento, el viento bromista que hacía rabiarse al joven espía arrancándole el sombrero, ese otro anochecer llevará fuertes olores a la cubierta del barco. Todo olerá a queroseno, envolverá el aire el hedor a quemado de los neumáticos fundiéndose, de plátanos centenarios e higueras dejando caer a las calles sus frutos lechosos, de iglesias desplomándose, de pianos y libros con sus tapas doradas ardiendo.

Y, lo peor de todo, el denso olor a carne quemada que alcanzará incluso la cubierta del *Iron Duke*, que aleja a mi madre, en brazos de Avinash, de las llamas y de los interminables ajustes de cuentas de la gente del lugar... Todos se cubrirán la boca con pañuelos y algunos vomitarán inclinándose por la borda. Olor a carne quemada y pelo, uñas y huesos humeantes de gatos atrapados en estrechos pasadizos, de gaviotas con las alas ardiendo, de camellos y caballos impotentes, de personas que saldrán disparadas como cucarachas de los sótanos y las buhardillas donde se escondían...

El mismo viento que hoy trata de enseñarle a Avinash que la vida es demasiado breve y dulce como para un sentimiento tan grave como la vergüenza, esa otra noche se hará tan denso bajo el peso de la misión que el destino ha cargado sobre sus hombros que los miles de desesperados apilados en el muelle serán testigos de que no solo el agua puede ahogar, también el viento.

Pero aún queda mucho tiempo antes de que llegue ese momento...

Permanezcamos por ahora en ese amable atardecer anaranjado en que nació. Yo forzando la estrecha boca del útero de mi madre y Avinash, como un estudiante que poco después se va a presentar a un examen oral, repasando los nombres de las aldeas y barrios que hasta ese momento solo había estudiado sobre el papel. Ahí delante está Kokaryalı, luego Göztepe, Karantina, Salhane, Karataş, Bahribaba. Desde donde está el *Afrodita* no se ve, pero más allá de las aduanas hay una edificación moderna en forma de herradura: los Cuarteles Imperiales. O, como lo llama la gente, el Cuartel Amarillo. Avinash sabe que allí se alojan seis mil soldados del Ejército Nuevo.

Eso es importante.

Su misión requiere que establezca contacto con los militares. El Servicio Secreto está siguiendo de cerca a los militares en todas las ciudades otomanas desde Salónica a Esmirna. Tendrá que vivir en el barrio turco y mezclarse con ellos en cafés y mercados. Acudirá a las recepciones de los francos y recogerá información sobre las intrigas que planean franceses e italianos. Se le hace un nudo en el estómago.

¿Y si no puede cumplir con su misión como debe?

¿Y si oye pero no entiende las lenguas extranjeras que aprendió sentado en el banco de la facultad?

—Tienes talento, eres perseverante, eres joven. Antes de que pasen dos meses, empezarás a hablar mejor que los locales.

Es su profesor de Oxford.

—No te hemos elegido porque sí, hijo. Confía en nosotros. Esta misión especial te viene como un guante.

Por ahora su misión se compone de un nudo en el estómago.

Por dentro de la camisa de seda corrían dos arroyos de sudor desde sus morenas axilas. Lanzó una ojeada a la desierta cubierta y, metiendo la nariz por el cuello de la camisa, se olió rápidamente. A lo largo de todo el viaje había tenido mucho

cuidado con la comida especiada, pero de todas formas su piel despedía un ligero olor a ajo.

Se puso nervioso.

Lo primero que tenía que hacer era encontrar un sitio en el que lavarse. Se asomó por la borda y miró hacia abajo. Habían empezado a cargar los baúles del equipaje en barcas que rodeaban el paquebote por los cuatro costados, como bergantines piratas. Tan pronto como desembarcara tenía que encontrar unos baños.

—Uno de nuestros hombres te esperará en el muelle de pasaportes para que no te pongan problemas al pasar la aduana. Pero eso es todo. Después estarás solo. Es más conveniente así. Cuando salgas del puerto, ve directamente hacia la estación de Basmane y al llegar a la calle de los joyeros, pregunta por el pasaje Yemişçizade. Luego espera noticias nuestras.

Al tiempo que en el vientre de Avinash se instalaba el dolor de comenzar una vida nueva en una ciudad desconocida, mi madre, nativa de Esmirna, donde había nacido y crecido, se retorció con los dolores del parto, cada vez más violentos, y gemía desesperada. El efecto del opio se había desvanecido. La niña que tenía en el vientre se había convertido en una fiera de afiladas garras que le rasgaba la carne desde dentro. Se levantó poco a poco y, rodando como un tonel ebrio, se apoyó en la puerta de la habitación de cristal en la que había vivido prisionera tres meses, una semana y cinco días justos. Sus gritos bajaron en oleadas por la escalera de la torre hasta llegar a la habitación de invitados, donde esperaba sentada la comadrona armenia Meline, con la cabeza gacha y una bolsa de oro en la mano.

Mi abuela, sentada en un sillón de terciopelo frente a la comadrona Meline, señaló el techo con su afilada barbilla sin dejar la taza de café.

Había llegado el momento.

Y así fue como comenzó mi vida, tan llena de secretos y que se expandiría a lo largo de un siglo.

## El dios de los momentos fugaces

Los que me pusieron el nombre de Sherezade me encontraron al alba desmayada en su jardín perfumado de jazmines. Tenía el pelo enredado en las paternas raíces de la morera bajo la que yacía. Las piernas, sobresaliendo de las faldas, que habían prendido fuego, eran una pura llaga, pero resultaba imposible no notar la dulce sonrisa de mi rostro. Pensaron que estaba viendo algún sueño hermoso tras mis ojos cerrados. En cuanto a cómo entré saltando por la puerta del jardín, cerrada con cerrojo, nunca pudieron entenderlo.

Lo recuerdo todo. Era otro septiembre. Las acacias habían florecido y las clases estaban a punto de empezar. Yo tenía diecisiete años. Acababa de pasar la semana de mi cumpleaños. Una cometa que se había enredado en las ramas de la morera –también de color rojo, como todo aquella noche– se sacudía sin parar al viento que soplaba desde las montañas hacia el mar. Debajo de mí la tierra era blanda, húmeda y acogedora. Dedos de ángel se paseaban por mis mejillas. Una puerta se cerró de golpe a lo lejos. Luego oí que cargaban una escopeta y la cerraban con un «clac». Estaba claro que aquellos dos cañones me iban a volar los sesos. Pues que me los volaran. Todo el mundo disparaba a todo el mundo esa noche. El mar estaba lleno a rebosar de cadáveres. Todos hinchados como globos.

En aquellos días estábamos tan acostumbrados a la muerte como para no tenerle miedo.

Lo verdaderamente sorprendente era la vida en sí.

Se me vinieron a la mente unos niños que braceaban entre los cadáveres y cuyos vestidos rojos y verdes arrastraban sus cuerpecitos al fondo. Niños y niñas de pelo como algas que usaban su último aliento para implorarle al capitán de los barcos europeos, a cuyas cadenas se agarraban con sus bracitos... ¡Cómo se aferraban a la vida! A mí no me quedaba tanta fuerza. Estaba exhausta. Extenuada. Agotada.

Mis costillas se hundieron hacia la tierra. Ni siquiera abrí la boca.

Tampoco me habría salido la voz de haberla abierto, pero entonces no lo sabía.

El Paraíso estaba en la punta de aquella escopeta de dos cañones.

Cerré los ojos.

A lo lejos lloraba un niño.

Tras los párpados cerrados vi a una mujer. Estaba de pie en la cubierta de un barco largo y esbelto. Le rodeaban las sienes dos gruesas trenzas y el flequillo le cubría el ceño fruncido. A su espalda Avinash Pillai la tomaba por la delgada cintura con sus brazos morenos y la apretaba con fuerza contra su pecho. El agua ondeaba con los reflejos naranjas y amarillos de las llamas y la mujer lloraba con la cabeza descubierta apoyada en el hombro del indio.

La mujer se llamaba Edith Sofía Lamarck.

Era mi madre.

Por entonces yo no lo sabía.

Me lo contó Avinash Pillai años más tarde.

La hija pequeña de Charles Lamarck había nacido en una mansión de piedra con un enorme jardín que se encontraba en medio de un terreno inmenso en Bornova. El jardín, levantado en una ladera, estaba adornado por lechos de camelias, buganvillas y todo tipo de rosales. Cuando era pequeña, Edith creía que el jardín, uno de cuyos extremos llegaba hasta un bosque de cipreses, era el mismísimo Paraíso. Bornova estaba rodeada por montes con las cimas confundándose con el azul del cielo,

y los cerezos y granados de los huertos saludaban a todos los que pasaban por allí.

La pequeña Edith contemplaba las nubes tumbada en el suelo entre las hortensias azules, moradas, rosas que su abuelo había plantado con sus propias manos y cuidaba con tanto cariño diciendo «Son mis nietas». Una de aquellas nubes llevaba a Kairós en su grupa. Kairós era el dios de los momentos fugaces que pasan volando. Estaba enamorado de Smyrna, reina de las Amazonas y fundadora de la ciudad. Todos los días pasaba montado en su nube por los cielos azules de la ciudad y saludaba a los nietos de los nietos de la reina. Smyrna era una reina tan bella como poderosa, e igualmente justa. Nadie la superaba en el tiro con arco. Como a todas las demás Amazonas, al llegar a la adolescencia le amputaron el pecho derecho para que no le obstaculizara el gesto de tensar el arco. Edith se la imaginaba montando a caballo por las playas de arena dorada, con el largo pelo negro agitado por el viento. Si por casualidad en el futuro tenía una hija la llamaría Smyrna.

A veces corría hasta el huerto que había en el lado del jardín que daba al bosque y se frotaba la cara con el romero y el tomillo que plantaba allí Sidika la lavandera y aspiraba hasta estornudar el polen de aquellas plantas medicinales. El huerto estaba lleno de árboles frutales. Había columpios colgados de los hierros de las parras. Los habían construido su padre y Mustafá el mayordomo trabajando juntos en el taller de carpintería. Las cuerdas estaban trenzadas como las maromas de los barcos del puerto de Esmirna. Cuando Edith se elevaba en el columpio, arrancaba algún racimo de aquellas uvas de todas clases y colores obra de su abuelo y, a pesar de que su madre se lo había prohibido, engullía sin lavarlos los granos amarillentos cubiertos de polvo, calientes, ebrios por su propio azúcar. Su abuelo, Louis Lamarck, tras pasar su negocio a su hijo, se había interesado por el cultivo de la uva y le consagró todo el tiempo de sus años de retiro.

La morera estaba delante del dormitorio de Edith y dejaba caer sus frutos en el balcón. Edith criaba gusanos de seda junto

a la cabecera de su cama, en diminutos lechos que hacía con las hojas. Su niñera, que era de Bursa, le había enseñado a cantarles nanas. Insistía en que los gusanos solo entendían griego. Edith les cantaba nanas todas las noches y cada mañana, con curiosidad y temor, levantaba las hojas para mirarlos. A mediados de verano las criadas rumíes extendían una sábana bajo el enorme árbol y le pedían a la pequeña Edith que sacudiera las ramas. Se asomaba por el balcón, agitaba las ramas con sus bracitos y las moras, blancas y dulces como la miel, caían repiqueteando en la sábana que las muchachas tensaban tirando de las cuatro esquinas.

Cierta vez descubrió que de un higo que había arrancado de la rama todavía verde le caía en la mano un líquido tan blanco como la leche que fluía de las mamas de la gata Grisha, que acababa de parir en el jardín. Sidika la lavandera le explicó que «esa leche» era «la sangre de los higos». Para que creciera, para que se hinchara como una ubre, el higo necesitaba esa leche. Sidika era una emigrante de Creta. Con un pelo rubio casi blanco, de ojos azules, delgadita, altísima. Nadie la había visto sin un cigarrillo entre los dedos. Hablaba un griego que nadie entendía, ni siquiera sus hijos, excepto su marido Mustafá el mayordomo, y en su choza al extremo del jardín le daba bollos de canela y hojaldres de hierbas a Edith cuando se escapaba de las visitas de su madre.

Edith creció apartada de su hermana y sus hermanos mayores a causa de la diferencia de edad. Era una niña que sabía entretenerse sola. Su hermana Anna y sus hermanos Charles II y Jean Pierre pasaban ocho meses al año en internados en Francia. Durante esos meses Edith era la única niña en el enorme caserón. Y no es que no tuviera amigos. Al contrario, en aquellos tiempos Bornova era un paraíso para los niños. En las tardes con perfume a mandarina los niños hacían carreras de bicicletas en las calles, jugaban a las canicas, al escondite, al pañuelito, y, más que el tren vespertino en el que regresarían sus padres, vigilaban el camino por el que vendría Kostas, el

vendedor de dulces. Kostas vivía en la pequeña aldea de Bornova y todas las tardes pasaba por delante de la mansión de los Lamarck. A los niños les daba dulce con semillas de linaza y a las señoras les ofrecía cucuruchos de pistachos, caramelos y delicias turcas para acompañar el café con almáciga que tomaban recostadas en los divanes que sacaban al porche.

El mejor amigo de Edith era Edward Thomas-Cook, hijo de los vecinos. Juntos trepaban a las verjas de hierro de los jardines, cazaban fantasmas en casonas abandonadas y en las tardes de verano, que se alargaban hasta el infinito, se retiraban a cualquier sombra y representaban a los personajes de las novelas que se estuvieran leyendo. Edward pertenecía a una familia numerosa y, entre sus dos hermanos mayores y la hermana pequeña enferma, se olvidaban de él. Su casa siempre estaba llena de parientes, invitados y de personas a las que Edward llamaba «tía» o «tío». Edward no se parecía a los demás niños varones. En lugar de participar en equipos de fútbol prefería leer algún libro con Edith, por ejemplo. Aparte de *La isla del tesoro* y *Las aventuras de Tom Sawyer*, había leído *Mujercitas*, el favorito de Edith, e incluso, incapaz de resistirse a la insistencia de su amiga, gran admiradora de Jo, la protagonista, le había cortado con sus propias manos y gran dolor de corazón las dos largas trenzas.

Edith tenía otro amigo aparte de Edward: su padre, Charles Lamarck. En realidad, monsieur Lamarck tenía edad como para ser abuelo de su hija. Quizá por eso su relación se basaba en el afecto y la comprensión mutua. Y, quizá también por ese mismo motivo, su padre la malcriaba innecesariamente, algo de lo que su madre, Juliette, se quejaba a menudo. Cuando se acercaba la hora de llegada del tren vespertino, Edith se sentaba en el borde de piedra del estanque y, con la manita sumergida hasta la muñeca entre los nenúfares y los peces rojos, se dedicaba a vigilar la puerta del jardín que daba a la calle. Juliette, que en ese momento pasaba por allí de camino a tomar el té en alguna de las mansiones vecinas, la llamaba sin

frenar el paso de sus pequeños pies enfundados en zapatos de satén: «Edith, querida, por favor, antes de que vuelva arréglate, lávate, péinate. Se lo he dicho a tu niñera y te está preparando el vestido de las cintas azules. Esta noche tenemos invitados a cenar y quiero verlos a todos en la mesa con la cara sonriente».

Las palabras salían de sus labios a la carrera. Cuando paraba para tomar aire, durante un segundo detenía la mirada de sus ojos verde acuoso en la cara de Edith esperando una confirmación, pero luego la apartaba como si hubiera visto algo malo. Los ojos negros de su hija debían de disparar una oscura sospecha en el alma de Juliette porque al mirarla le aparecía una profunda arruga entre las dos cejas. Cuando a Edith le salió la misma arruga antes de cumplir los doce años, su madre lo lamentó más que ella. No dejaba de quejarse ante las invitadas que por aquellos años iban a tomar el té: «¿Ve usted, madame Levon? Edith tiene la cara llena de arrugas a su edad. Le digo todas las noches que se dé friegas con agua de rosas y que se ponga mirra, pero no me hace caso». Como si repitiendo continuamente su queja fuera a desaparecer aquella irritante arruga.

Todas las tardes monsieur Lamarck cogía en brazos a su soñadora hija, que le aguardaba al borde del estanque, y la acariciaba llamándola «mi miniatura». Y realmente Edith era muy pequeñita. Sus rasgos eran tan regulares como si los hubieran labrado con un buril y su rostro era tan perfecto como una gota de agua... Hasta que puso el pie en la adolescencia fue la niña más diminuta de la clase. Tenía los dientes perfectamente alineados, como granos de granada. El espacio entre las dos paletas le daba un aspecto monísimo y, según Sidika, la protegía del mal de ojo. Aquel hueco era el talismán de Edith. A Lamarck, agobiado por los asuntos de la empresa naviera, una simple mirada de los ojos negros como el carbón y de espesas pestañas de su hija pequeña le bastaba para alegrarle la tarde. Padre e hija paseaban del brazo por el gigantesco jardín, observaban las arañas que habían tendido sus telas entre las polvorientas parras del

abuelo y hablaban sobre las estrellas que se elevaban tras el monte Nif y sobre la luna, que pintaba de plata las violetas.

Charles Lamarck tenía innumerables teorías sobre el espacio y el tiempo. Por ejemplo, que el universo podía tener forma de herradura. Siendo así, si nos pusiéramos en un extremo de la herradura e hiciéramos una fotografía del otro, podríamos ver los amores de Cleopatra con César o la cabeza colgante de María Antonieta, cortada de un cuello más blanco que la leche por la guillotina. De la misma manera que no era capaz de dilucidar cómo era posible que la luna solo mostrara una cara a la Tierra, Edith tampoco comprendía aquella teoría del universo en forma de herradura, pero, como le encantaba oír historias de sus heroínas, le agradaba la posibilidad de fotografiarlas. Lo que más le gustaba era cómo su padre adornaba sus teorías astronómicas con personajes históricos, a los que tan aficionada era.

Monsieur Lamarck cumplía cualquier deseo de su hija y la malcriaba regalándole cajas de música con taracea de madreperla, peines con diamantes y muñecas con pelo de verdad que se hacía traer de París. En su décimo cumpleaños le regaló un poni blanco venido de Londres. Y a los trece un purasangre árabe de pelo negrísimo que relucía como un espejo. Padre e hija salían de paseo a caballo por el campo en los alrededores de Bornova, a Narlıköy o a Kokluca, y a veces se tomaban un respiro en la fonda que había por el puente de Kervan. En cierta ocasión se hicieron asar un cordero y repartieron la carne entre los nómadas que habían instalado sus tiendas en los alrededores y los lugareños que andaban por allí de paseo.

Fue por eso que a nadie le extrañó que la muerte repentina de monsieur Lamarck afectara a Edith más que a nadie. Un día infernal de verano en el que hasta el tiempo pasaba más lento, el corazón del pobre hombre se paró de repente, tac, mientras almorzaba a solas en el restaurante del Kraemer, y Charles Lamarck expiró allí mismo. La cabeza se le cayó en el blando filete sangrante que tenía ante él y el cuenco de *cacik* se volcó

sobre el ejemplar de *La cartuja de Parma* que siempre llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta y que en ese momento tenía abierto sobre la mesa.

En el año que siguió a aquella muerte repentina, lo que ayudó en ayuda de Edith fue la intimidad que había existido entre padre e hija, y que Juliette Lamarck nunca había asimilado del todo mientras su marido aún vivía. Edith dejó el colegio cuando iba a pasar al último curso y después no se la vio en todo el verano. Ahora daba vueltas por ahí, toda piel y huesos, con los ojos rodeados por negrísimas ojeras en su cara pálida, y no ponía el pie fuera de la mansión. Haciendo hábiles piruetas verbales, Juliette lo presentaba como consecuencia de la depresión profunda que sufría una muchacha que había perdido a su padre.

—¿Edith? ¿Que dónde está? Ah, *ma chérie*, la muerte repentina de Charles la ha afectado mucho. No me preguntes... Tanto que ha tenido que dejar los estudios por motivos de salud. Cuando el médico me dijo que el calor de aquí no le sentaría bien, ¿qué querías que hiciera?, la mandé a un balneario a Baden-Baden. Ha pasado allí todo el verano. Y ahora está haciendo reposo. Es por eso por lo que no se la ve en sociedad. Por supuesto, esta terrible situación nos ha afligido a todos, pero una tiene que volver a vivir, *n'est-ce pas?* Los chicos, gracias a Dios, enseguida se ocuparon de todo. Y en cuanto a Anita, está esperando otra vez... ¡Qué sé yo! ¡Y esta vez son mellizos! *Mon Dieu!* Se han mudado a Buca, a un caserón que parece un palacio en miniatura. ¿No te lo había dicho? Mi yerno es todo un señor. Un noble inglés. Ah, claro, lo conoces... Ah, *oui*, estábamos hablando de Edith, sí... Bueno, mi hija pequeña es una niña un poco sensible. Además, ya se sabe, padre e hija se tenían mucho cariño. En fin, no hay nada que hacer. He hablado también con ese famoso médico de los nervios que se hospeda en el hotel Huck y me dijo que la dejara a su aire. Ha venido de Viena y está aquí redactando sus memorias. Lo conocí hace poco en una recepción que ofrecieron los de Thomas-Cook. ¿Y sabe qué más me dijo?...

Y llegó el momento en que se creyó lo que contaba. De hecho, es posible que lo contara para convencerse más a sí misma que a sus amigas. Además, existía una porción de verdad que le permitía inventarse la historia. Charles se había muerto justo a tiempo, eso era evidente. Por mucho que se hubiera esforzado, no habría podido elegir un momento más perfecto. De haber vivido su marido, con su corazón de mantequilla, no habría sido capaz de mantener la sangre fría ante la lamentable vergüenza provocada por Edith y seguro que habría arrastrado a la familia entera al desastre. En cambio, Juliette había salvado la honra no solo de su hija sino de toda la familia y había conseguido que todos siguieran con la frente bien alta. Edith pronto superaría la depresión y se casaría; bien, por supuesto. Tan pronto como Edward, el hijo del vecino, completara sus estudios en Nueva York, habría que comprometer a esa pareja sin perder tiempo.

Mientras ella hacía sus planes, la veleidosa rueda de la fortuna –una mañana de invierno, cuando Juliette creía que la tenía perfectamente controlada– le dio un golpe que alteraría el delicado equilibrio entre madre e hija por un lado del todo inesperado, surgiendo del maletín de cuero que llevaba un abogado de Atenas.